

Perdedor

Cuando mis amigos se enteraron de que me casaba, dijeron que me harían la despedida. Entonces, caí en la cuenta que una despedida implica la pérdida de algo y ese algo podría ser valioso, tan valioso como la libertad, la capacidad de decidir.

Comencé a pensar en las veces que no tuve la posibilidad de elegir y las primeras imágenes que se me presentaron fueron las periódicas visitas de la tía Margarita, una opulenta matrona que llegaba arrastrando los pies y resoplando adiposidades. Apenas escuchaba el deslizamiento de sus zapatones y los jadeos, corría a esconderme debajo de la cama, en alguna parte oscura o intentaba disparar para la casa del Bocha. Pero mamá, anticipándose, me conminaba:

—Adolfito, ven a saludar a la tía...

Resignado, me acercaba mientras ella esperaba sonriente y, con un dedo, rematado en una uña larga de color rosa brillante, se daba unos golpecitos en la mejilla, con lo que indicaba el lugar exacto donde debía besarla. Luego, redondeaba la boca y, tomando mi cabeza entre sus manos, me estampaba un beso sonoro en la frente. Apenas me libraba de ella, corría a refregarme la cara con esponja y jabón.

Creo que odié aquella mejilla, aquella boca demasiado pintada que dejaba una marca que me costaba limpiar. Ya desde aquellos besos de tía Margarita, tan claramente especificados y programados, mi vida fue una sucesión de acatamientos.

Desde que recuerdo, fui una calamidad, el típico gordito torpe y atropellado; aquel que destrozaba los zapatos con cuanta piedra, charco apestoso, excremento, pelota u obstáculo se interpusiera en su camino; o, preparado por mi madre con temeraria anticipación para la visita oficial a la tía rica —el cabello planchado con abundante fijador y con la mejor ropa recién planchada—, llegaba el momento de partir y aparecía con la camisa fuera del pantalón y algún botón extraviado, desgredado, sucio, transpirado y maloliente. Por supuesto, mamá no se conformaba con un simple e inofensivo reto; de ninguna manera esa actitud hubiera condicho con su carácter fuerte y autoritario. Me hacía

bajar los pantalones y su chancleta de goma reseca caía reiteradas veces — rauda y contundente— sobre mis nalgas, permanentemente maltrechas.

Una vez calmada su ira, me largaba la acostumbrada perorata de recomendaciones para asegurar el éxito de la visita. Al emprender el regreso, tía colocaba disimuladamente en mi mano varios billetes, como pago por mi buen comportamiento durante el interminable “five o’clock tea”. El fin que mamá perseguía era hacerse de ese dinero, que debía entregarle, amable y calladito. El recuerdo de la chancleta humillante acallaba mis protestas.

Mi padre no se quedaba a la zaga. “Tú, aquí, no eres dueño de nada”, fue su frase reiterada a diario. Las primeras veces que lo dijo siendo yo apenas un crío, protesté defendiendo mis derechos sobre los juguetes y los libros de cuentos. Luego, al comprender que podía disponer de ellos como si fueran míos, no continué reclamando. Fanático del fútbol, me acercaba para conocer su interés, contagiarme de su entusiasmo.

—¿De qué cuadro eres, papá?

—Del mejor, del Valencia.

—Y yo, ¿de qué cuadro soy?

—Del Valencia, por supuesto.

A partir de allí —a pesar de todo su fanatismo y poder de convicción—, fui un hincha asignado, sin pasión ni alegría, la vergüenza de mi padre. Creo que no tardó en arrepentirse de haber decidido por mí.

Tanto en el barrio como en la escuela, fui blanco de las bromas y recibí los más diversos y “cariñosos” apodos: “Seboso”, “Porky”, “Cerdolfo” y otros que no me atrevo a repetir. En los partidos jugados en la canchita cercana era el candidato elegido para alcanzar la pelota. El título máximo que conseguí fue arquero suplente, cuando faltaba uno y nadie quería ir al arco; sitio del que era relevado cuando debía atajar un penal.

Ya adulto, conseguí ingresar de cadete en la oficina de La Caixa. Era el encargado de cuanto trámite engorroso había que sacar adelante, siempre atosigado de trabajo y amonestaciones por un jefe autoritario que descargaba sobre mí su ira compulsiva originada en sus desavenencias conyugales y la mala digestión. Allí conocí una clienta que, no sé si por amor, compasión o interés, me prestó sus oídos; creí conmoverla con mis desdichas y, tras muchos regalos que posiblemente le hicieron soñar con una situación económica fantástica,

logré que aceptara mi propuesta matrimonial.

Durante la despedida de soltero organizada en Cultura de Bar, mis amigos me convencieron de que mi novia es más fea que un cuco y que, una vez casada y con la bendición eclesiástica, no demoraría en mostrar sus garras y convertirse en una bruja castradora. Fueron tales los argumentos en contra de ella y del matrimonio, que fui alejándome de las conversaciones e imaginando el futuro. Me vi maltratado por la harpía; comenzaría con burlas y, percatada de mi falta de reacción, iría profundizando el tenor de sus ironías. Una sucesión interminable de hostigamientos y agravios serían vomitados por su cloaca bucal, torcida en un rictus de absoluto desprecio; el escatológico retintín de su propia voz la estimularía para continuar con humillaciones cada vez más groseras y crueles. Me sentiría condenado a padecer un trato de una perversidad atroz. Cada palabra sería un estilete que se hundiría lento en mis entrañas, allí donde el dolor es profundo y persistente.

Regresé completamente decidido a rechazar un destino tan aciago. Pero, cuando estuve frente a ella y comenzó a hacer planes para nuestro futuro, cuando con la mirada casi sentí la orden de sonreír y sentirme feliz, no pude contradecirla, no me animé a romper el compromiso.

Y llegó el momento de la verdad. La Iglesia parroquial de Nuestra Señora está atestada. Acabo de escuchar la pregunta, la pregunta más importante y cuya respuesta definirá mi futuro: libertad o sumisión. Demoro en contestar. El sacerdote ha abandonado la actitud relajada que mantenía desde el comienzo de la ceremonia. Me mira impaciente. Mi mente es un caos. Quiero aislarme, escapar de la realidad, del presente. Un presente que me agobia. Descubro en mi novia un gesto apremiante que, intuyo, se haría habitual en ella. El silencio me pesa denso, amenazante. Siento que me mareo, se me aflojan las piernas. Recuerdo que Albuixech es la cuna del Capitán Trueno. Me siento el invencible Capitán Trueno dando la batalla final. Me apronto para un ¡NO! rotundo, poderoso.

Con un último aliento:

—Sí, quiero. —digo resignado. Y rompo a llorar.

—Tontito, ¡te emocionaste!. —susurra aliviada mi esposa.